

NOTAS

TENDENCIAS DEL TEATRO ESPAÑOL DE HOY EL HUMORISMO DE MIGUEL MIHURA

Uno de los dramaturgos preferidos del público español es el humorista Miguel Mihura, nacido en 1906.

Como en muchos humoristas, su comicidad se perfila en un fondo de tristeza. Su temperamento se expansiona en lo insólito y absurdo; sin embargo, es en la realidad cotidiana donde quiere buscar y hallar lo extraño.

Miguel Mihura es un pequeño meridional de ojos tristes, frente olímpica y boca expresiva. Su biblioteca está llena de libros en los cuales Simenon ocupa el sitio de honor. Antes de hacerse un nombre como dramaturgo, lo que le aconteció bastante tarde, M. Mihura recogió algunos laureles como dibujante de *cartoons*. Fundó un diario satírico, *La ametralladora*, que tuvo que cesar su actividad por falta de cartuchos. En cambio, otra revista humorística, *La Codorniz*, cuya dirección asumió, tuvo vida más larga.

Su nombre ya es bien conocido en el extranjero en su calidad de guionista del hilarante *Bienvenido Mr. Marshall* y sus principales comedias fueron presentadas en París, Londres, Viena y Bruselas. Tanto en España como en los otros países fueron los teatros universitarios o de 'vanguardia' los que representaron la primera obra de Mihura: *Los tres sombreros de copa*.

En realidad, esta comedia no tiene sino débiles centelleos de esta tendencia. Porque, en el teatro, los promotores de este género reclaman la deshumanización de los personajes, mientras que toda la obra de Mihura, a pesar de elementos caricaturales, es siempre hondamente humana.

Se puede considerar a este escritor — por lo menos en su primera obra — como un modesto precursor de un tipo de humor que algunos autores contemporáneos, como Ionesco, han explotado hasta el máximo.

Muchas veces, Mihura introduce en su diálogo frases que, en la vida, si acaso se piensan, no se pronuncian nunca. Mas si estas réplicas nos parecen a veces absurdas, se inscriben, sin embargo, en la línea del personaje. Efecto cómico también esa repetición obstinada

de vulgaridades aflictivas. Ya se anunciaba el procedimiento en *Les mamelles de Tiresias* de G. Apollinaire y se halla de nuevo en el primer acto de *Jacques ou la soumission* d'Eugène Ionesco donde el leitmotiv de "las patatas con torreznos" se presenta como una crítica, mediante lo absurdo, del conformismo.

Y no sería español Mihura, si no recurriese de vez en cuando al humor macabro.

Para Ionesco, a quien le gustan *Los tres sombreros de copa*, esta comedia pertenece al universo de Ch. Chaplin o al mundo excéntrico de los Marx Brothers y, según M. Duras, la obra pudiera representarse lo mismo en el circo que en el music-hall o figurar en el repertorio de la Comedia Francesa.

Mihura evoca en ella con una mezcla de gracia y de emoción la última tentación ofrecida al joven soltero, don Dionisio, un poco pasmado la víspera de su matrimonio. En el hotel de tercer orden donde pasa sus últimas horas de vida de soltero, la suerte maliciosa le hace encontrar unos cómicos de la legua, cuyos elementos femeninos sirven de distracción a los provincianos ociosos, de fortuna y edad seguras.

Dionisio se enamora de una pequeña bailarina, Paula, ninfa de muslo ligero y corazón sensible. Después de una noche muy animada, en que las escenas de ternura entre los enamorados alternan con otras muy extravagantes entre los histriones y sus admiradores, Dionisio no tiene el valor de seguir a la pequeña comedianta que lo quiere. Renuncia a su anticonformismo para casarse con su prometida, una solterona, que el autor nos presenta como la quintaesencia del aburrimiento, de la fealdad y de la idiotez.

Dos personajes encarnan todo lo que el autor vitupera y consigue darles una individualidad auténtica en su propio conformismo desolador; porque las obras de Mihura no son — para emplear un término muy de moda — anticomedias. El viejo verde a quien el autor designa en la lista de personajes como el "odioso señor" no es otro que el ricachón de la provincia :

EL ODIOSO SEÑOR : — ¿Por fin "debutan" ustedes mañana?

PAULA : — Sí. Mañana "debutamos".

EL ODIOSO SEÑOR : — Iré a verlos, para reírme un rato... Yo tengo abonado un proscenio... Siempre lo tengo abonado, y veo siempre a las chiquitas que trabajan por aquí... Yo soy el señor más rico de toda la provincia...

BUBY : — Ser rico... debe ser hermoso, ¿verdad?

EL ODIOSO SEÑOR : — Sí. Se pasa muy bien... Uno tiene fincas... Y tiene estanques, con peces dentro... Uno come bien... Pollos, sobre todo... Y langosta... Uno también bebe buenos vinos... Mis campos están llenos de trigo...

PAULA : — Pero ¿y porqué tiene usted tanto trigo en el campo?

EL ODIOSO SEÑOR : — Algo hay que tener en el campo, señorita. Para eso están. Y se suele tener trigo porque tenerlo en casa es muy molesto...

Como se ve, el tono es cómico y el fondo cruel.

El Creso provinciano ofrece a Paula, malhumorada, los regalos más singulares: jarreteras, caviar, una carraca, flores de plumas... regalos cuya restitución exigirá elegantemente ante el desdén de la joven, enamorada de Dionisio.

Porque lo cómico de Mihura reside tanto en las situaciones insólitas como en lo absurdo del lenguaje.

El segundo personaje que encarnará en esta tragicomedia el elemento burgués, el conformismo, es el futuro suegro del héroe: don Sacramento. En el tercer acto, éste viene a visitar a su yerno, casi al amanecer, con levita y sombrero de copa. Dionisio ha conseguido alejar a los comicastro delirantes, ha escondido a Paula detrás del biombo, escondite donde la joven se entera que su admirador tiene novia y que va a casarse.

A don Sacramento no le sorprende mucho el desorden inverosímil de la habitación, pero se conmueve ante la desnudez de las paredes:

SACRAMENTO: — Sólo los asesinos o los monederos falsos son los que no tienen cuadros en las paredes... Usted debió poner el retrato de su abuelo con el uniforme de maestrante...

DIONISIO: — El no era maestrante... El era tenedor de libros...

SACRAMENTO: — ¡Pues con el uniforme de tenedor de libros! ¡Las personas honradas se tienen que retratar de uniforme, sean tenedores de libros o sean lo que sean! Usted debió poner también el retrato de un niño en traje de Primera Comunión!

DIONISIO: — Pero ¿qué niño iba a poner?

SACRAMENTO: — ¡Eso no me importa! ¡Da lo mismo! ¡Un niño! ¡Un niño cualquiera! ¡Hay muchos niños! ¡El mundo está lleno de niños de Primera Comunión!... Y también debió usted poner cromos... ¿Por qué no ha puesto usted cromos? ¡Los cromos son preciosos! ¡En todas las casas hay cromos! "Romeo y Julieta hablando por el balcón de su jardín", "Jesús orando en el Huerto de los Olivos", "Napoleón Bonaparte en su destierro de isla de Santa Elena"...

Y cambiando el tono, sigue don Sacramento:

SACRAMENTO: — Usted tendrá que ser ordenado... ¡Usted vivirá en mi casa, y mi casa es una casa honrada! ¡Usted no podrá salir por las noches a pasear bajo la lluvia! Usted, además, tendrá que levantarse a las seis y cuarto para desayunar a las seis y media un huevo frito con pan...

DIONISIO: — A mí no me gustan los huevos fritos...

SACRAMENTO: — ¡A las personas honorables le tienen que gustar los huevos fritos, señor mío! Toda mi familia ha tomado siempre huevos fritos para desayunar... Sólo los bohemios toman café con leche y pan con manteca.

DIONISIO: — Pero es que a mí me gustan más pasados por agua... ¿No me los podrían ustedes hacer a mí pasados por agua?...

SACRAMENTO: — No sé. No sé. Eso lo tendremos que consultar con mi señora.

Si ella lo permite, yo no pondré inconveniente alguno. ¡Pero le advierto a usted que mi señora no tolera caprichos con la comida!...

DIONISIO (Ya casi llorando): — Pero yo qué le voy a hacer si me gustan más pasados por agua, hombre!...

Imperturbable encadena el suegro:

SACRAMENTO: — Nada de cines, ¿eh?... Nada de teatros. Nada de bohemia... A las siete, la cena... Y después de la cena, los jueves y los domingos, haremos una pequeña juerga, porque también el espíritu necesita expandirse, ¡qué diablos!... La niña, los domingos, tocará el piano, Dionisio... Tocaré el piano, y quizá, quizá, si estamos en vena, quizá recibamos alguna visita... Personas honradas, desde luego... Por ejemplo, haré que vaya el señor Smith... Usted se hará en seguida amigo suyo y pasará charlando con él muy buenos ratos... El señor Smith es una persona muy conocida... Su retrato ha aparecido en todos los periódicos del mundo... ¡Es el centenario más famoso de la población! Acaba de cumplir ciento veinte años y aún conserva cinco dientes... ¡Usted se pasará hablando con él toda la noche!... Y también irá su señora...

DIONISIO: — ¿Y cuántos dientes tiene su señora?

Otros personajes raros y pintorescos adornan la obra, como este don Rosario, hostelero paternal, del que sólo salen vulgaridades, pero que tiene la originalidad de despertar a sus clientes favoritos con un aire de cornetín; como la mujer barbuda de la compañía, la señora Olga, la cual contesta al tío que le pregunta por qué no se afeita: "Mi marido, el señor Durand, no me lo hubiese consentido nunca... mi marido era un hombre bueno, pero de ideas antiguas. Siempre lo decía el pobre: 'Esas mujeres que se afeitan me parecen hombres'".

Las escenas amorosas entre Paula y Dionisio (la conmovedora y frágil pareja) están impresas de intensa ternura. Paula y Dionisio, seres vulgares, se expresan en un lenguaje de lo más sencillo: transfigurados por el amor, viven un momento auténtico, acaso el más elevado de su existencia, momento único de pasión contenida, de generosidad velada de pudor, cuando la felicidad parece más rara y más preciosa por el presentimiento de la separación inminente e irrevocable.

Primera obra de Mihura, *Los tres sombreros de copa* sigue siendo hasta aquí la mejor de las suyas, a pesar de lo flojo de algunas construcciones y de una o dos escenas melodramáticas.

A la misma vena pertenece *El caso de la mujer asesinadita*, estrenada en 1946. La originalidad del tema, la pintura de los medios burgueses y el humor de las situaciones pertenecen a una comicidad que no concede nada a lo tópico.

La comedia nos pinta la historia de una aficionada a las ciencias ocultas. Esta doña Mercedes encuentra en Norton, un americano,

hombre de negocios como su marido, un amigo tan chiflado como ella. Un sueño doble les revela que dentro de poco tiempo conocerán la dicha en el más allá.

Un poco por casualidad y un mucho por un deseo inconsciente, el marido se ve en el trance de asesinarla. En el mismo momento, la suerte benevolente mata a Norton en un providencial accidente de automóvil.

Mihura obtiene sus efectos cómicos gracias a la confusión entre la realidad y el sueño, la ficción y la vida. Al suprimir la noción del tiempo, mezclando pasado, presente y futuro, el autor puede pasear a seres muertos hace cinco años por la escena. Esta situación estupenda no sorprende de ninguna manera a los vivos que la aceptan con toda naturalidad.

De vez en cuando apuntan muestras de humor macabro, como lo prueba esta conversación pacífica:

NORTON: — ¿Tuvo Ud. antes otra mujer?

LORENZO: — Creí que ya se lo había dicho.

NORTON: — ... ¿Y se divorciaron Uds.?

LORENZO: — Oh, ¡nada de eso! Los divorcios están prohibidos, ya lo sabe...

Si quiere que le diga la verdad, la maté.

RAQUEL (la segunda mujer de Lorenzo): — Bueno, en realidad, la matamos entre los dos. Yo te ayudé mucho.

LORENZO: — Pero el que le echó el veneno en el vaso de leche fui yo. No creo que ahora vaya a presumir de que...!

RAQUEL: — Bueno, lo que quieras... No discutamos.

NORTON: — ¿Entonces la envenenaron Uds.? Me gustaría saber cómo lo hicieron. Soy tan curioso para estos pequeños chismes familiares...

La creencia en las teorías sobrenaturales y las escenas de espiritismo dan ocasiones a salidas muy divertidas.

Lo cómico que se revela a lo largo de la obra no hace de *El caso de la mujer asesinadita* una mera bagatela imaginativa. Mihura sugiere muy bien la futilidad de ciertos medios burgueses y la inutilidad de algunos seres parecidos a muñecos llenos de palabras huecas.

El caso del señor vestido de violeta es una carga contra una cierta aristocracia madrileña cuyo esnobismo se cristaliza alrededor de un matador. Este último, Roberto, humilde joven del pueblo, enrolado para desempeñar el papel de artista prefabricado, enamorado de pintura abstracta y de psicoanálisis, se convierte en víctima de los que lo ensalzan y raya en la locura.

A media luz los tres, representada en 1953, se basa sobre una intriga de vodevil bastante sabia entre un soltero, un hombre casado y cuatro comparsas femeninas que tienen que ser interpretadas por la misma persona. Mihura quiere demostrar aquí hasta qué punto el eterno femenino es conforme a su tradición de escapar a toda reacción

prevista. Alfredo, soltero, inteligente, de aspecto afable, derrocha tesoros de imaginación para perfeccionar su técnica de don Juan. Desea que su amigo Sebastián se aproveche de su experiencia. Pero — sorpresa — es Sebastián, tipo poco fino, deportista rebosante de salud y notable por su falta de asiduidad, un poco rudo con las mujeres, quien se lleva todas las victorias una tras otra. Finalmente volverá a ser el huésped de honor en el hogar de Alfredo. Este, vencido por los sinsabores de su existencia de enamorado incomprendido, acabó por casarse con su ama de llaves. La comedia pudiera llevar como subtítulo: Otro don Juan contra don Juan.

El caso de la mujer estupenda, comedia burlesca que se desarrolla, como *Los tres sombreros de copa*, en una habitación de un hotel, lugar de vodevil de elección tan frecuentado como una plaza pública, contiene muchas y excelentes salidas. Desgraciadamente, el autor introduce escenas incongruentes, demasiado serias y largas que dañan la unidad del conjunto.

Carlota ocupa un sitio marginal en la obra de Mihura. Es una obra policíaca construída no sin habilidad, sobre un tema de lo más inverosímil: una farmacéutica trata de retener a su esposo en el hogar haciéndose pasar por una envenenadora (en el sentido literal se comprende). Si el autor evoca, con más o menos acierto, la atmósfera de Londres en 1880, en cambio fracasa en sus tentativas de remedar el humor británico. Así que no tenemos que asombrarnos de que esta comedia, a pesar de una buena adaptación de Emmanuel Robles, no haya tenido más que un éxito moderado en París.

Una mujer cualquiera expone la aventura de una prostituta que se da a un asesino, más por miedo de la soledad que por amor verdadero; obra cabal, pero de un género un poco adulterado. El autor parece profesar una simpatía sin falla por la prostituta de corazón sensible, víctima de las contingencias sociales. Este tema demasiado gastado por el naturalismo francés del último siglo y renovado con talento por F. Carco, no nos conmueve mucho hoy.

El anticonformismo feminista de Mihura aparece también en *Sublime decisión* (1955). La intriga se desarrolla en 1895 en un medio burgués madrileño cuyo conformismo y pequeñez evoca Mihura con una mezcla de ironía y de ternura.

Nuestro caricaturista benevolente plantea el problema de una joven burguesa que quiere reaccionar contra los prejuicios de su casta: renunciando a la caza del marido, esta pionera decide trabajar. La presencia inaudita de Florita en un despacho suscita tantos problemas entre la gente masculina que la pobre tiene que volver otra vez al hogar paterno. Pero un cambio de gobierno va a resolver su drama porque los nuevos dirigentes, seducidos por ideas avanzadas, deciden prestar completa ayuda a nuestra heroína que llega a ser la primera jefa de un negociado.

Las dos fuentes de comicidad resultan de la pintura del ambiente de la clase media y de la evocación de la inestabilidad de los gobiernos y de los gobernantes.

Mihura renueva el costumbrismo caricatural y se atreve a audacias muy acertadas como lo prueba la escena de la visita. Quiere traducir la inmensa inutilidad, el vacío de algunos seres encerrados en el conformismo.

Están en escena seis mujeres que forman tres parejas de habladoras: charlan muy de prisa y con un tono chillón. Los espectadores no oyen ni una palabra de esas comadres. Esta técnica, en la que desaparece totalmente el autor, es más convincente que cualquier salida por sorprendente que sea.

Se opone a este mundo de muertos vivos la voluntad todavía vacilante de Florita que tiene que luchar contra su propia femineidad y contra todos. La pelea empieza en la familia:

MATILDA (su tía): — ... la única solución es que saques novio y te cases inmediatamente.

DON JOSÉ (su padre): — ¡Eso! ¡Eso! ¡Al balcón; al balcón!

FLORITA: — Pero ¿es que una mujer no tiene más solución para poder vivir que encontrar un novio y casarse?

DON JOSÉ: — ¡Al balcón, demonio, antes de que anochezca!

La escena pudiera ser insoportable en un autor más agrio, pero tan pronto como se precisa el perfil de la crueldad, el autor distrae al espectador con notas llenas de gracia y de espíritu. Rehuye siempre calar más de lo necesario; en este buen gusto, este pudor, reside lo mejor de su talento.

Mi adorado Juan: El héroe Juan y unos amigos han decidido vivir lejos de las exigencias sociales. Claro que el autor nos advierte del valor intelectual y moral de sus protagonistas preferidos. Los unos y los otros son hombres de ciencia y de arte bastante dotados para triunfar... si lo hubieran querido. No quieren vivir a fuerza de lucha, de desengaños, de maldad y de envidia. No quieren mancharse las manos ni... ¡con el trabajo! Pero es Irene, la novia y después la mujer de Juan, quien va a complicar este fácil programa. Claro que durante el noviazgo había aceptado la muchacha renunciar a todos los encantos de su existencia de joven burguesa mimada.

Es la institución sagrada del matrimonio lo que va a poner en peligro los maravillosos planes del adorado y un tanto egoísta Juan.

El telón cae dejando un montón de interrogaciones: ¿Compartirá aquel fragante pimpollo de mujer la vida de Juan? ¿Se decidirá éste, al fin, a trabajar un poquito? ¿El amor triunfará siempre, como triunfa en los cuentos de hadas? ¿Que decida el espectador según su temperamento, su amor al orden establecido o su ternura por la fantasía y la poesía!

Melocotón en almíbar es el nombre de una película, empleado por unos ladrones que quieren apodar cada uno de sus malos golpes. Después de un robo bastante importante, la banda de granujas tiene que pararse, más de lo que quisiera, en un piso, con motivo de una grave pulmonía de uno de sus estimados miembros. La suerte maliciosa les envía una deliciosa hermanita de la caridad en calidad de enfermera. Es ella tan indiscreta como inocente. Su extrema credulidad, su inocencia inaudita, su ingenuidad increíble turban a cada momento a los pillos, quienes, no pudiendo creer en tamaña candidez temen que sea más que una enviada de Dios una chivata de la policía!

Para su última obra *Maribel y la extraña familia*, vuelve Mihura a uno de sus temas favoritos: el de la pequeña "respetuosa" que se rescata por un amor sincero. Acierta a rejuvenecer este tema romántico en *Maribel*, obra que constituye uno de los mayores éxitos del teatro madrileño de hoy.

Marcelino, rico viudo, sin relaciones, ha venido a establecerse provisionalmente en Madrid para buscar una esposa. Este panoli provinciano — hermano del Dionisio de *Los tres sombreros de copa* — se enamora de una ramerita que encuentra en uno de esos 'bares' y nuestro cándido no sospecha ni un momento que aquella criatura pizpireta y alborotadora se dedica a la más vieja profesión del mundo.

¡Pero qué sorpresa la de Maribel cuando sigue a Marcelino! En vez de hacer escala en un piso de soltero, se halla en una casa inverosimilmente vetusta donde se ve presentada muy oficialmente a dos viejas señoras de lo más respetable: la madre de Marcelino y su tía Paula. Las pobres no se han arriesgado a salir a la calle hace veinte años, pero — paradójicamente — han trocado los prejuicios propios a su generación por una admiración incondicional para todo lo moderno. En su candidez sin límite ven en Maribel una joven moderna, un poco excéntrica, acaso, pero que serviría admirablemente de esposa a su Marcelino querido. Y una extraña conversación se traba:

MATILDE (la madre de Marcelino): — Y dígame ¿vive usted sola entonces?

MARIBEL: — Sí. ¿Qué pasa con eso?

MATILDE: — Nada... ¿Qué va a pasar? Lo encontramos muy lógico...

PAULA (la tía): — Es exactamente igual que hacen las chicas en Francia y en Alemania, que se independizan en seguida... Y así se van acostumbrando a los avatares de la vida...

MATILDE: — Vivirá usted en alguna residencia de señoritas ¿no?

MARIBEL: — Yo vivo de pensión.

MATILDE: — ¡Uy! ¡Pobrecita!

MARIBEL: — ¿Por qué pobrecita? Pues menuda habitación tengo...

MATILDE: — ¿Y qué estudia? ¿Idiomas?

MARIBEL: — No. De eso, nada.

MATILDE: — ¿Trabaja usted?

MARIBEL: — Pues le diré... Por las tardes busco trabajo...

MATILDE: — ¿Y no lo encuentra?

Sin haber podido explicarse, Maribel será considerada de hoy en adelante como la 'novia' moderna de Marcelino e invitada a pasar todas las tardes en su futura familia. Maribel, al principio confusa por esta inesperada situación, tendrá que rendirse a la evidencia: existen seres tan extraordinarios que ignoran la existencia de todo mal. En relación con esta inocente familia, llega a olvidar su pasado y acaba creyendo en su propia virginidad.

Sólo un autor de gran talento podría permitirse el tratar tema semejante sin caer en la sosería.

Mihura dosifica con seguridad: emoción y comicidad. Esos buenos provincianos no son nunca ridículos, sino enternecedores y Maribel y sus amigas colegas en galantería, nunca antipáticas.

Asistimos a la transformación precipitada de la joven con un interés divertido y conmovido como si se tratase de un cuento de hadas donde la pastora se metamorfosea en princesa. Se piensa inevitablemente en la evolución de Eliza Doodlittle en *Pygmalion* de Shaw, aunque en esta obra maestra la transformación sea mucho más matizada y menos brusca que en Maribel.

Por el cambio radical que se opera en su heroína, Mihura crea un efecto de vodevil a costa de la psicología del personaje. Del mismo modo, si el espectador puede eventualmente admitir la extrema sencillez de Marcelino y de su extraña familia, queda un tanto boquiabierto al ver que el médico de cabecera, confrontado también en el primer acto con la vistosa y vulgar Maribel, tiene tan poco olfato que ni sospecha lo que es la joven que tiene delante.

Para reforzar algo la intriga, el autor introduce un elemento palpitante. Nos enteramos así de que la primera mujer de Marcelino se ha ahogado en un lago. De ahí a presentar a Marcelino como un trapacero, un sádico y un "Landru" a las amigas de Maribel no hay más que un paso. Pero el espectador, convencido, desde el primer momento, de la inocencia del héroe, no participa nunca en la angustia de las cuatro dadas jóvenes. Así Mihura deja escapar un precioso motivo dramático.

Planea, sin embargo, una duda sobre el caso de Marcelino. ¿Es en verdad tan necio, tan cándido o lleva en el fondo de sí mismo un enderezador de entuertos, una especie de don Quijote en potencia que no fuera víctima de su credulidad? Una réplica del héroe permite suponerlo: "Sabes que uno no es como piensa que es, sino como le ven los demás...". Sea lo que fuere, el autor prueba con esta obra encantadora que es posible — con perdón sea dicho a la memoria de André Gide — hacer buena literatura con buenos sentimientos. Antiburgués y anticonformista, Mihura exige de su espectador un cierto don de infancia y también una cierta complicidad en su lucha contra todo lo que puede haber de cuajado en las formas de vida más respetables.

Un tema preferido de su inspiración es el del matrimonio. Aparece esta institución como una de las formas más displicentes del aburguesarse. Si Marcelino y Maribel tienen alguna probabilidad de ser dichosos es porque su enlace se sitúa fuera del buen sentido común.

Nunca agresivo ni agrio, Mihura logra hacernos reír y sonreír de los defectos humanos sin arrinconar a sus criaturas en la nada ni a sus espectadores en el nihilismo. Así como lo ha dicho él mismo, "practica un humor tranquilo que no busca riña con nadie, un humor claro, jugoso, lucido, tierno".

La tendencia humorística ya ilustrada por Jardiel Poncela (1901-1952), en *Eloísa está debajo del almendro* y por Víctor Ruiz Iriarte (nacido en 1912) en *El landó de los seis caballos* ha hallado su discípulo más dotado en Miguel Mihura.

El autor de *Los tres sombreros de copa* y de *Maribel y la extraña familia* es mucho más que un vodevilista; sugiere lo trágico de la condición humana ofreciendo a su espectador un antídoto: el reír liberador. Así la obra de Mihura hace resonar un tono optimista y saludable en un país donde el humor es muchas veces hiriente y cruel.

JACQUELINE VAN PRAAG CHANTRAINE.

Bruselas.